

¿Serán estos los pueblos destinados á heredar esta rica y fértil provincia? No: ni España lo merece, ni Dios lo permite. Unos y otros serán arrojados por otro pueblo menos indigno que ellos de ocupar este suelo privilegiado, los visigodos.

Esta mision comienza á llenarla Ataulfo, que por lo menos habia tenido el mérito de no recoger para sí en el saqueo de Roma otro botin que á la bella Placidia, para convertirla de esclava en esposa. Prosiguela Walia con mas fortuna, aunque á nombre todavía del imbecil emperador romano que se hacia la ilusion de dominar en España. Eurico es el que se atreve á emancipar abiertamente la España del espirante poder romano, y á conquistarla para sí. La España deja de ser romana y se hace goda, y Eurico aparece como un gigante que sentado sobre el Pirineo abarca con sus brazos la España entera y la Galia meridional. Es el mayor estado de Occidente que se ha formado sobre las ruinas del imperio.

Alarico II es víctima de la deslealtad de Clodoveo, rey de los francos, que le sonríe y halaga en un festin para quitarle alevosamente la vida en el campo de batalla. Pierden los godos en los campos de Poitiers una gran parte de la Galia gótica, y aunque conservan la Septimania, el asiento de la monarquía goda se fijará ya en la Península española. Aquí es donde ha de tener su centro, su fuerza, su porvenir, su declinacion y su caída. En los tiempos de Alarico II, un siglo despues de Alarico I, es cuando se ven formadas las tres grandes naciones neo-latinas, Italia, España y Francia, fundadas por las tres grandes razas septentrionales, ostrogodos, visigodos y francos, que se arrogaron la mas pingüe herencia del desmoronado imperio.

Pasa la monarquía goda-hispana despues de Alarico II, por alternativas y vicisitudes de decadencia y engrandecimiento; agitanla rebeliones intestinas, y la inquietan invasiones y guerras extrañas. Por dentro los indóciles vascos, cántabros y astures, de indomable genio, y los suevos de Galicia, reino ingerto, que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente por períodos. Por el litoral, los griegos bizantinos, pegadizos huéspedes y vecinos incómodos, que servian para alentar banderías y conspiraciones y entretener las fuerzas del reino. Por el Pirineo oriental la raza franca, rival envidiosa de los visigodos, que hacia servir las diferencias religiosas para trabajarlos y enflaquecerlos, y les iba arrancando á pedazos las posesiones góticas de las Galias. Hasta Suintila ninguno pudo llamarse rey de toda España sin contradiccion.

¿Cómo tan pronto se apoderaron los bárbaros del Norte de esta nacion belicosa que por tantos siglos resistió á la mas ilustrada y mas poderosa república del mundo? ¿Es que habia degenerado el genio indomable de los antiguos celtíberos? Algo habia. Pueblo ya la España de artistas, de agricultores, de literatos y de clérigos, infectado de la inercia y la mollicie de la corrompida civilizacion romana, no era fácil que resistiera al rudo empuje y á la salvaje energia del pueblo soldado, endurecido con el ejercicio de la guerra, y que contaba tantos guerreros como individuos. ¿Ni qué interés tenian ya los españoles en seguir viviendo bajo la coyunda de los gobernadores romanos? ¿No les sobraban motivos para mirar á los nuevos conquistadores como mensajeros de su libertad? Salviano lo dijo bien: «el comun sentimiento de los españoles es que vale mas la jurisdiccion de los godos que la de los magistrados imperiales. ¡Ojalá (dicen) nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros!...» Leccion grande, que enseña á los pueblos dominadores hasta dónde puede llevar á los pueblos oprimidos la exasperacion. Explicase esto aun por sus causas naturales, y sin recurrir al espíritu superior que guiaba los acontecimientos por en medio de aquel caos de devastacion y de sangre.

Pero la España bajo la dominacion de los bárbaros no se hace bárbara. Al contrario, los bárbaros son los que se civilizan en ella. Demasiado incultos los godos para continuar la mision de Roma, pero los mas aptos de todos los septentrionales para recibir la cultura, van cediendo al ascendiente de la civilizacion romano-hispana, y los conquistadores materiales del suelo español acaban por ser moralmente conquistados por los españoles.

La fusion se hace lenta y gradualmente. Al principio los

dos pueblos, conquistado y conquistador, viven civilmente separados, aunque sometidos á un solo cetro. Una legislacion rige para los godos, y otra para los romano-hispanos. Ni aun siquiera en el hogar doméstico pueden unirse las dos razas, porque la ley prohibe los matrimonios entre godos y españoles. Pero el convencimiento va haciendo desaparecer paso á paso esta situacion anómala. La fuerza de la unidad material va obligando á la legislacion á marchar hácia la unidad política. El mas severo de los monarcas godos, Leovigildo, salta por encima de la prohibicion legal, y se une en matrimonio con una española. El ejemplo práctico del trono protesta ya contra lo absurdo y lo irrealizable del derecho; y Chindasvinto y Recesvinto acaban de uniformar la legislacion para los dos pueblos, y autorizan solemnemente los matrimonios mixtos. Desaparecen las razas, y la nacion es ya una ante la ley, en la familia y en el foro.

Igual fusion se habia obrado ya en el principio religioso. Porque la unidad ante la ley humana hubiera sido demasiado imperfecta sin la unidad ante la ley divina.

Precisamente el cristianismo habia de ser la base de la regeneracion de la nueva sociedad, y no era posible que esta prosperara sin la unidad en la fe. Arrianos los godos, y católicos en su mayor parte los españoles, la herejía en el trono y la ortodoxia en el pueblo, no podia haber union ni concordia mientras las creencias no se amalgamaron y fundieran. ¿Y por qué eran arrianos los godos?

Ni ellos mismos lo sabian. Cuando se derramaron por las provincias imperiales y se pusieron en contacto con la sociedad romana, el emperador Valente, que era arriano, les envió misioneros que les predicaran el arrianismo. Dispuestos los godos en su rudeza semi-salvaje á recibir una doctrina religiosa que aventajaba evidentemente á la suya (si tal nombre se puede dar al grosero culto que de sus bosques traian), incapaces de percibir esas divergencias al parecer impalpables que el espíritu de discusion establece ó encuentra en los sistemas religiosos, queriendo hacerse cristianos adoptaron la fórmula arriana, y se hallaron herejes sin apercibirse de que lo eran. Con la misma docilidad se hubieran hecho católicos.

Y sin embargo, esta diferencia en el dogma trajo á los godos consecuencias inmensas y males sin cuento. Eurico, arriano, persigue á los obispos católicos, y se enajena las simpatías del clero español. Conquistador glorioso y dominador terrible, no logra dominar en los espíritus. Su hijo Alarico pierde la Galia meridional por ser arriano. Por que Clodoveo, ese Moisés de los francos, en quien Roma presentia ya al fundador de aquella monarquía que se habia de aplicar el título de *hija mayor de la Iglesia*, les dice á sus soldados: «No puedo tolerar en paciencia que esos herejes estén poseyendo la mayor parte de la Galia; vamos contra ellos con la ayuda de Dios y del glorioso San Martin, y sometamos su país á nuestro poder.» Y los descontentos obispos de España ayudan al monarca extranjero y católico contra el monarca propio y arriano. Amalarico quiere obligar á su esposa Clotilde á que se haga arriana como él; ella lo resiste, el rey la maltrata, y la princesa católica envia á sus hermanos los reyes francos un lienzo ensangrentado para que vean cómo la trata el arriano, lo que trae á los godos una funesta guerra por parte del rey Childeberto de Paris. La herejía arriana les produce guerras exteriores, sublevaciones intestinas, y escisiones graves en el palacio y hasta en el lecho real. Y los obcecados godos no acaban de conocer que la herejía es la gangrena que corroe el solio y el reino.

Faltó poco para que el príncipe Hermenegildo hubiera hecho triunfar el estandarte de la fe ortodoxa en la nacion goda-hispana. Pero la política del monarca ahogó los sentimientos del padre, y el severo Leovigildo cerró los oidos á la voz de la religion, y el corazon á la voz de la piedad. El rigor paternal le despojó de las insignias reales, y la cuehilla del verdugo le dió la corona del martirio. La Iglesia ha santificado á Hermenegildo. Lástima que el príncipe católico hubiera tenido que levantar la espada del pueblo contra el monarca, y que el mártir se hubiera visto en el caso de ser un hijo rebelde. ¡Coincidencia singular! Siglos despues, Hermenegildo es canonizado á instancias de otro monarca español, Felipe II, padre

de un hijo rebelde tambien, y cuyo fin se pareció en lo desastroso al del príncipe goda. Pasan mas siglos, y otro monarca español, Fernando VII, notado de impaciente por suceder á su padre, quiso perpetuar la memoria del príncipe goda, instituyendo una orden militar con la advocacion de San Hermenegildo.

Pero decretado estaba que la enseña del catolicismo se habia de plantar en el trono de los sucesores de Ataulfo, y que el imperio gótico español habia de tener su Constantino como el romano. Las gradas del solio se habian teñido con la sangre de un mártir ilustre, y de las mismas gradas habia de bajar la reparacion. La muerte de Leovigildo arrastra tras sí la de la secta arriana. Recaredo sube al trono. «Declaro, exclama ante una asamblea de obispos, declaro que quiero ser admitido en el seno de la Iglesia católica. Y exhorto á los prelados arrianos aquí presentes, así como á los grandes del reino que asisten á esta asamblea, á que sigan é imiten mi ejemplo.» Todos se adhieren. La revolucion religiosa se ha consumado. La España es católica. El imperio goda-hispano es uno en la religion, como lo habia de ser en las leyes, ante Dios y ante los hombres. Si los monarcas españoles se decoran hoy con el título de Majestades Católicas, la historia nos enseña su origen, y nos lleva á buscarle en Recaredo.

Tambien tuvo el arrianismo su Juliano como el politeísmo. Tambien Viterico tuvo impulsos de querer volver á entronizar el desechado culto, y tambien alcanzó como Juliano un triste desengaño de su impopularidad y de su impotencia. Atrájose la reprobacion unánime del pueblo, y se anticipó una muerte trágica. La fe ortodoxa habia conquistado el trono español para no ser derrocada jamás.

Legislacion y fe, espíritu legislativo y espíritu religioso, hé aquí los dos principios, las dos bases de la nueva civilizacion. ¿Quién habia de pensar que aquellos rústicos habitantes del Tanais y del Danubio, que tan agrestes y fieros se presentaban, habian de ser sabios legisladores? Y, sin embargo, fuéronlo casi todos los monarcas godos de España, desde Eurico hasta Egica. Eurico aspira á borrar con la gloria de legislador la mancha de asesino con que habia subido al trono. Alarico, desgraciado en la guerra, se hace inmortal con su Breviario. El grande y severo Leovigildo, Chindasvinto el cruel, Recesvinto el dulce, Wamba el glorioso, Ervigio el menguado, el pusilánime Egica, especie de obispo lego y coronado, todos ponen su piedra en el gran edificio de la legislacion. Aunque el estado decayera, la ley civil se perfeccionaba, y no pocas veces el derecho caminaba por la vía opuesta del poder. Así se fué elaborando el famoso *Código de los visigodos*, monumento perdurable de aquella nacion, y la mas preciosa página que en aquellos siglos adornó la historia del linaje humano. ¿Qué hay que añadir á estas palabras del Fuero-Juzgo? «Doncas haciendo derecho del rey, deve aver nomne del rey, et »faciendo torto, pierde nomne de rey. Onde los antiguos dicen tal proverbio: Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho, non serás rey. *Rex eris si recte facis, si autem non facis non eris.*» Si los textos legislativos son medallas de las vidas de los pueblos, el código goda debe revelarnos el triunfo pacienzudo y seguro de un pueblo desarmado contra otro armado que le subyuga por la fuerza. En tal conflicto nada mas natural que la apelacion á la ley. *Lex*, dicen los oprimidos á los opresores, *lex est amula divinitatis, antistes religionis*, etc. Y si los opresores preguntan: ¿quién puede vencer á los enemigos? los oprimidos responden: *Quid triumphet de hostibus? Lex.* Si vemos un dia en Aragon colocar al *Justicia* como un interventor del rey; si vemos en Castilla el poder de los *Jueces* superior al de los Condes; si vemos la palabra *Fuero* suscitar tantas insurrecciones y protestas en la vida de España, si vemos al *Feudalismo* echar menos raices en este suelo que en las demás regiones de Europa, acaso hallemos la semilla de todo esto en el código de los visigodos. El atravesó con gloria la edad media, y si la dominacion goda no hubiera hecho mas legado á la posteridad que el Fuero-Juzgo, este solo bastaria para probar la herencia de las edades y la sabia ley de la progresiva perfectibilidad social.

¿Cuán bella teoría de gobierno es la monarquía electiva! «Que los hombres elijan al mas digno de entre ellos para que

los dirija y gobierne.» El principio es seductor, y parece el mas natural y el mas justo. Mas si las pasiones de los hombres hacen ó no provechosa á las sociedades su aplicacion práctica, viene á enseñarlo escrito con letras de sangre esa galería trágica de reyes godos que por el puñal escalaron las gradas del trono y por el puñal las descendieron. Estremece recorrer el catálogo de los regicidios. Corta es la nómina de los que alcanzaron por término de su carrera una muerte natural y tranquila. Y no sabemos si incluir en este número á los que acababan tristemente sus dias bajo la bóveda de un claustro, forzados á vestir el tosco sayal del monje, precedido de la ignominiosa decalcacion. Fuente de personales ambiciones la forma electiva, reproducianse á la muerte de cada monarca, que ellas mismas solian precipitar, los bandos, las alteraciones, la agitacion, los crímenes; y la conspiracion era la que no moria nunca. A la muerte de Atanagildo pasó tiempo y tiempo antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la eleccion de sucesor. Tan inconciliables eran las aspiraciones.

Cierto que á este sistema fué debida la felicísima eleccion de Wamba, en que no sabemos qué admirar mas, si la unanimidad con que los electores se fijaron en el hombre virtuoso, ó la abnegacion y la virtud del elegido. ¿Pero cuántos de estos ejemplos cuenta la corona gótica? El mismo Wamba viene á ser víctima del sistema de electividad, arma terrible, que curaba alguna vez, pero que las mas heria y mataba. Wamba se duerme rey y despierta monje. Un conde pérfido que ambicionaba el trono le propina un brebaje soporífero, y aprovechando la insensibilidad del sueño le corta la larga cabellera, simbolo de la majestad, y el tonsurado tiene que cambiar el manto régio por el hábito monacal, con arreglo á la ley. El concilio duodécimo de Toledo, despues de un discurso humilde de Ervigio, reconoce al usurpador alevoso, y pronuncia anatema contra todos los que no se sometan al nuevo monarca, y aun establece un cánón contra la misma superchería que á él le habia valido la corona, prohibiendo imponer el hábito de penitencia á persona alguna contra su voluntad. Otro tanto habia practicado el sétimo concilio de Toledo con Chindasvinto, que habia cortado el cabello al jóven Tulga, y arrancádole el cetro. Los reyes castigaban de muerte el solo pensamiento de cometer el crimen que ellos habian perpetrado, y los concilios excomulgaban á los conspiradores contra aquellos mismos que debian el trono á la conspiracion. ¡Extraña jurisprudencia civil y canónica! Condenary anatematizar los delitos futuros, sancionando los mismos delitos ya consumados!

La forma electiva de la monarquía hacia humillarse la corona gótica ante el poder teocrático, ante el ascendiente que tomaba el sacerdocio á la sombra del formidable derecho de eleccion, y de la mayoría que representaba siempre en los concilios, asambleas semi-religiosas, semi-políticas, á que venian á subordinarse todos los poderes del estado. ¡Desgraciado el monarca que se enajenara el favor del clero, y afortunado el que contara con su influjo, siquiera le mendigara con humillacion! Sucederiale al primero lo que á Suintila cuando trató de destruir el principio electivo; el segundo podia estar seguro de su proclamacion, aunque fuese un usurpador como Sisenando. Si se quiere tener un ejemplo de lo que era la majestad del solio ante el poder de la teocracia, no hay sino representarse á Sisenando ante el cuarto concilio de Toledo, con la rodilla doblada en tierra, inclinada la frente y corriendo las lágrimas por sus ojos; y á los obispos, pagándose de la actitud suplicante del monarca, fulminar anatema contra todos los que atentaran á la vida ó á la corona del rey por ellos proclamado.

Así la vieja espada gótica iba á ocultarse bajo los capisayos episcopales, y el antiguo instinto guerrero de la raza indo-germánica desapareció bajo la influencia sacerdotal. De algunos monarcas pudo dudarse si eran reyes ú obispos coronados. La conversion de Recaredo hizo un bien inmenso á la religion, pero decidió sin intentarlo la lucha entre la mitra y la corona. Llevando á los concilios los negocios temporales, vino á ponerse el cetro bajo la tutela del cayado. No previó aquel monarca que ni todos sus sucesores habian de tener una

autoridad tan legítima é incontestable como la suya, ni todos los prelados habian de ser tan circunspectos como los del tercer concilio de Toledo. Pudo entonces aconsejarlo así la política, porque ciertamente la virtud y el saber se habian refugiado en aquellos tiempos á la Iglesia, sin la cual no se hubiera acaso salvado la monarquía; y los Leandros é Isidoros de Sevilla, los Ildelfonsos y Julianes de Toledo, y los Braulios de Zaragoza, eran astros que hubieran brillado bien aun en épocas mas adelantadas en civilizaci6n. Pero era difícil que la influencia sacerdotal no fuera convirtiendo el elemento político en fuente inagotable de inmunidades, y hasta de usurpaciones. La inmunidad habia de afectar tambien con el tiempo la pureza de la disciplina.

¿Se ha definido bien la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que dieron tan singular fisonomía al gobierno de la naci6n g6tica? Algunos escritores ilustrados han visto en los concilios de Toledo unas verdaderas asambleas nacionales. Nosotros creemos que no era la Iglesia la que entraba á hacer parte de la naci6n, sino que la naci6n era absorbida en la asamblea de la Iglesia. Eranlo casi todo el clero y el rey, poco los nobles, el pueblo nada; y la fórmula *omni populo assentiente* podria significar aquiescencia ó beneplácito, no aprobaci6n deliberativa. Ellas, no obstante, encerraban el gérmen de otras asambleas mas populares que con el tiempo les habian de suceder.

Revelábase ya tambien bajo el imperio de los godos el genio naciente de la Inquisici6n, cuyo férreo brazo habia de pesar tan duramente sobre España. Contaba ya siglos de existencia el cristianismo; y la religi6n, tan pura y tan suave en los primeros tiempos, se fué convirtiendo por el fanatismo de príncipes y clérigos en intolerante y dura. Iglesia y trono, concilios y reyes, se mostraban perseguidores inexorables de esa raza desventurada, marcada con el sello de la venganza divina, siempre engañada, pero creyente siempre, inflexible y tenaz, propia para fatigar con su ciega inquebrantable constancia los gobiernos de los pueblos en que toma asiento. Solo un celo fanático puede explicar la conducta de un Sisebuto, llorando la sangre de los enemigos que se veia obligado á derramar en la guerra, rescatando con su propio dinero los cautivos que hacian sus soldados, y decretando al propio tiempo el exterminio de la raza judaica. «Porque gracias á la ardiente fe del monarca, decian los padres del sexto concilio de Toledo, que no deja vivir en su reino un solo hombre que no sea católico, nadie podrá subir al trono sin pronunciar el juramento de no tolerar el judaismo, y el que falte á él será maldito, y servirán de alimento al fuego eterno él y todos sus cómplices.» Así la desesperaci6n convirti6 en vengadores terribles á los que el fanatismo se empeñaba en hacer víctimas. Si mas adelante vemos á los judíos de España concertarse con los sarracenos de Africa para vengar la opresi6n de los godos, no lo extrañemos: lo propio habian hecho antes los españoles, acogiendo á los godos por no sufrir la tiranía de los romanos. Lo hemos dicho otra vez: los pueblos duramente vejados, están siempre dispuestos á cambiar de señores. Harto lo lamentaban ya los mas ilustres y sabios prelados católicos.

Es un error atribuir la caida del reino godo á los vicios y demasías de Witiza y á los excesos y debilidad de Rodrigo. Hartas causas venian preparadas de atrás para ir llevando la monarquía goda á una declinaci6n prematura. Y no era acaso la menor entre ellas la de no poder subir al trono el que no descendiera de la noble sangre goda: condici6n que impedia unirse en los corazones godos é indígenas, vencedores y vendidos.

Tal vez no fué Witiza ni tan irreligioso, ni tan tirano, ni tan libertino como nos le pintó la historia de su tiempo, ni tan ilustre y tan gran reformador político y moral de las leyes y las costumbres como algunos sábios críticos posteriormente nos le han dibujado. Es lo cierto, que bajo este personaje de cuestionada reputaci6n se desarrollaron con mas violencia las parcialidades, y que él bajó del trono lanzado por un partido ofendido é irritado, que aclamó á Rodrigo, destinado á desplomarse con la monarquía, que de años atrás venia arrastrando una existencia vacilante.

Porque los bandos intestinos, capitaneados por la facci6n

y la familia de un monarca destronado, conspiraban contra los parciales y sostenedores del monarca reinante, que habia sido conspirador á su vez; porque las costumbres andaban relajadas y sueltas, y la molici6n tenia enervados los brazos que hubieran necesitado esgrimir con vigor las armas; porque los hijos del Dnieper y del Danubio habian perdido la energía y los instintos severos que los habian hecho conquistadores y vencedores; porque el trono se hallaba desprestigiado con las humillaciones, vivas y exacerbadadas las rivalidades, y el descontento y la discordia despedazaban el estado; en tal situaci6n no era posible que el pueblo godo pudiera resistir la impetuosa invasi6n de otro pueblo vigoroso y fuerte. Y este pueblo y esta invasi6n no habian de faltar, porque nunca falta la intervenci6n providencial, cuando una sociedad exige ser disuelta ó regenerada. Así el robusto imperio de Occidente, iniciado por el aventurero Alarico, comenzado en España por Ataulfo, proseguido por Walla, convertido en estado por Teodoro, redondeado en la Península por Eurico, esplendente bajo Leovigildo, hecho católico por Recaredo, completado por Suintila, conservado enérgicamente por Chindasvinto, restaurado por Wamba, degenerado y flaco bajo Egica y Witiza, vino á desmoronarse en un día bajo el desventurado Rodrigo.

VI

Tocó ser instrumentos de esta misi6n á los hijos del Profeta.

Esta vez es el Oriente el que viene á intimar al Norte que su dominaci6n ha concluido, como antes el Norte habia sido llamado á derrocar el imperio del Mediodía. Es la raza semítica que aspira á reemplazar á la raza japhética y á la raza indo-germánica. Entonces como ahora todo estaba providencialmente preparado para una gran revoluci6n. Entonces Roma degenerada y muelle pudo oír el confuso murmullo de aquel enjambre de bárbaros, que apostados á los confines septentrionales de su imperio, no esperaban sino la voz de «avancen,» para lanzarse sobre él. Ahora los godos pudieron oír el sordo ruido de las formidables masas de guerreros árabes, que desde las playas africanas esperaban la voz de «adelante,» para cruzar el piélago y arrojarse sobre España. Un rio habia tenido á los godos separados del imperio romano; un estrecho de mar tenia ahora á los árabes separados del reino godo. Detenidos por las olas, pero aguijados del deseo de plantar el estandarte del Profeta en el mundo de Occidente, el miserable estado de la monarquía g6tica les brindaba ocasi6n oportuna; la venganza y la traici6n les tendieron su mano, y guiados por ella surcaron el estrecho los hijos de la Arabia y los del Magreb en la primavera del año 11 del octavo siglo de la era cristiana. El sol del 30 de abril alumbró el desembarco de los nuevos huéspedes en Algeciras y al pié de la gran roca de Gibraltar, que todavía conservan poco variados los nombres que los invasores les pusieron, como si su primer paso quisiera anunciar ya la intrusi6n de su lengua en la del país que venian á conquistar.

No vienen estos, como los septentrionales, ganados al cristianismo. Al contrario, vienen á imponer otra religi6n, otro culto y otra moral. No traen por símbolo la cruz, sino la cimitarra. Su culto es el de Mahoma, su dogma el fanatismo, su moral la del deleite, su principio político y religioso el despotismo temporal y espiritual, su pensamiento acabar con toda la civilizaci6n que no sea la del Koran.

Pronto se encuentran cristianos y musulmanes, porque Rodrigo ha acudido á defender su reino de aquellas gentes extrañas, que al decir de Teodomiro no se sabe si son venidas del cielo ó de la tierra. Pronto se cruzan las armas, y se empeña un terrible y desesperado combate.... ¿Qué significa ese quejido de dolor que ha resonado en toda España? Es que el monarca y la monarquía goda han quedado á un tiempo ahogados en las ensangrentadas aguas del Guadalete. No la España sola, el mundo entero oyó abortido que los guerreros del Koran habian vencido á los soldados del Evangelio. Perici6n el grande imperio g6tico de Occidente bajo los golpes de la cimitarra de Tarik, siglo y medio despues de haber muerto el de Italia al filo de la espada de Belisario. Porque apenas me-

rece ya el nombre de resistencia la que algunas ciudades oponen á los vencedores, los cuales pasean orgullosos los estandartes del Profeta por todo el ámbito de la Península, y no tardan en ondear sobre la cúpula de la gran basilica de Toledo.

Ya no se vuelve á hablar de reino g6tico; ya no hay godos hispanos, ni hispano-romanos; la conquista ha borrado estas distinciones, que una fusion nunca completa habia conservado por mas de dos siglos.

Árabes y moros se derraman por todas las comarcas de la Península y la inundan como un rio sin cauce. La naci6n ha desaparecido: ella resucitará.

Habiase detenido la inundaci6n ante una cordillera de escarpadas rocas, á cuya espalda se escondia un pobre rinc6n de España, que los invasores, ó no conocieron, ó acaso al aspecto de su pobreza le menospreciaron. No habia sin duda entre los sarracenos uno solo que supiera ni la geografia de lo presente, ni la historia de lo pasado. No hubo quien les dijera: «Mirad que detrás de esas breñas, y dentro de las estrechas gargantas y hondos valles que á vuestros ojos encubren, se esconde un pequeño pueblo que se atrevió á desafiar el poder de Roma cuando Roma era ya la señora del mundo: mirad que ese pequeño pueblo de montañeses no ha cesado de protestar por cerca de tres siglos contra la dominaci6n de unos extranjeros que profesaban su misma fe, y que protestarán con mas energía contra otros extranjeros que vienen á quitarles su patria y á imponerles una nueva fe y una nueva religi6n.»

«Dios habia querido, dice la crónica, conservar aquellos pocos fieles, para que la antorcha del cristianismo no se apagara de todo punto en España.» Y así fué. Mantuviéronse allí sin ser hostilizados los bravos astures, y los que de otras provincias acudieron á refugiarse al abrigo de sus riscos, el tiempo suficiente para recobrar del primer aturdimiento y concebir el temerario plan de resistir á las huestes agarenas en ninguna parte vencidas, y de fundar allí una nacionalidad. Ofrécese á guiarlos en tan arrojada empresa un hombre de acci6n y de consejo, jefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religi6n y de su patria. Poco importa que Pelayo fuese un noble godo, hijo de un duque de Cantabria y deudo de los monarcas destronados, como afirman las crónicas cristianas, ó que fuese Pelayo el Romano, *Belay el Rumi*, como le apellidan las historias árabes; puesto que ya no habia diferencia entre godos y romano-hispanos, y todos eran cristianos y españoles, porque la patria y la fe los habian congregado allí.

Cuando el rumor de la reuni6n de aquellas pobres gentes llegó á oídos del valí El-Horr, y cuando Alkhaman de órden suya penetró con una hueste sarracena por entre las quebradas y desfiladeros de Asturias, Pelayo y su pequeño pueblo se recogen á hacerse fuertes en la concavidad de una roca, en la cueva de Covadonga, ignorada del mundo entonces, y conocida y célebre en el mundo despues. ¿Quién podia creer que aquella cueva encerrara una religi6n, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía? ¿Quién podia creer que el pueblo cobijado en aquella cueva como un niño desvalido, habria un día de abarcar dos mundos como un gigante fabuloso? ¿Ni que aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se habia de levantar tan soberbia con Isabel en Granada?

Los árabes dan principio al ataque contra aquella rústica ciudadela, y se realiza el combate mas maravilloso que se lee en las páginas de la humanidad. Que si los dardos agarenos no se volvían de rebote contra los mismos que los lanzaban, si las montañas y las rocas no se desplomaban contra ellos, y el terreno no se hundia bajo sus piés; si no se realizaron todos estos milagros que los escritores cristianos consignán, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir, el de haber aniquilado un puñado de rústicos y mal disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulmán. O el favor de Dios y la protecci6n providencial no se manifiestan nunca visiblemente en favor de una causa y de un pueblo, ó no pudo ser mas evidente su intervenci6n en favor de aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, resto de la monarquía católica pasada, y principio de la monarquía católica futura.

En efecto, la fe es la que ha alentado á esos pocos españoles á emprender esa generosa cruzada contra los sectarios del Islam, que se inicia en Covadonga. Ella es la que va á enlazar la sociedad destruida con la sociedad que comienza á nacer. Así se enlazan las edades y los principios. La conversi6n de Constantino á la fe cristiana fué el eslabon que unió la vieja sociedad romana con las nuevas sociedades formadas de las razas septentrionales. La conversi6n de Recaredo al catolicismo fué el lazo que habia de unir la España g6tica con la España independiente. El espíritu religioso será el que la guie en la lucha tenaz y sangrienta que ha inaugurado. La religi6n y las leyes fueron, ya lo dijimos, las dos herencias que la dominaci6n goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en esta nueva regeneraci6n social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta Gothorum antiqua concilia*; y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem Gothorum*. Así la España irá recogiendo de cada dominaci6n y de cada edad los principios que han de ir perfeccionando su organizaci6n; y no parece sino que la Providencia estuvo deteniendo la invasi6n de los árabes, hasta que estuviera acabado el Fuero de los Jueces, y permitió que la invadieran á poco de haberse concluido, como si no hubiera querido privarla de su existencia pasada hasta dotarla del principio de su vitalidad futura.

Importa poco que á Pelayo le dieran ó no el título de rey antes ó despues de su famosa victoria. La posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesi6n de los que despues de él fueron siendo reyes de Asturias, de Leon, de Castilla, de España y de los Dos Mundos.

Aquella congregaci6n de militares, labradores, pastores, sacerdotes y artesanos, fué atreviéndose á descender de las empinadas sierras, y á ocupar poco á poco los valles y los llanos, donde se ejercitan en las armas, apacientan ganados, desmontan terrenos, cortan maderas de los bosques, y edifican primero templos y despues casas; porque para aquellos piadosos montañeses primero es construir moradas para Dios que viviendas para los hombres. De todas partes confluyen cristianos á aquel asilo de la independencia, y llevando cada cual una industria, un oficio ó una espada, aumentan y fortalecen la poblaci6n, fundan una pequeña capital correspondiente á la pequeñez del reino, y se preparan á mayores empresas.

No era mediado aun el octavo siglo, cuando sintiéndose estrechos en tan reducidos límites, y considerándose bastante fuertes para no necesitar de sus rústicos atrincheramientos, salieron á desafiar á los árabes en los campos y pueblos por ellos dominados. El hacha de Cárlos Martel hace cejar á los musulmanes por la parte de la Aquitania G6tica que habian invadido, amenazando al corazon de la Francia, y difundiendo el espanto por toda Europa; y Alfonso el Católico de Asturias emprende una serie de gloriosas excursiones, llevando el terror y la devastaci6n delante de su espada á tal punto, que los mismos sarracenos le nombraban Alfonso el *Temido* y el *Matador de gentes*. Las armas cristianas recorren la Galicia y Lusitania, los campos G6ticos, la Cantabria y la Vasconia hasta los Pirineos Occidentales. Sin embargo, estas conquistas no pueden tener el carácter de permanentes. Harto hace Alfonso I en enseñar á los infieles que no es solo al amparo de los riscos donde saben vencer los cristianos, en poner en contacto á los fieles de uno y otro extremo del Norte de la Península, y en enseñar á sus sucesores el camino de la restauraci6n.

La destrucci6n ha sido grande, y la nacionalidad tiene que irse reconstruyendo lentamente: el árbol que retoña al pié de la centenaria encina, arrancada por el furioso vendaval en un día de borrasca, no puede crecer de repente. Pasa, pues, medio siglo y cinco reinados oscuros, desde las brillantes y pasajeras correrías de Alfonso el Católico, hasta las adquisiciones permanentes de Alfonso el Casto, el cual llega á medirse con Cárlo-Magno, la figura mas gigantesca de aquellos tiempos, y pacta ya formales treguas con el emir de Córdoba, como de poder á poder.